

UNIVERSIDAD CATOLICA DE VALPARAISO  
BIBLIOTECA HISTORIA  
Paseo Valle N° 396 - Casilla 4059  
VIÑA DEL MAR



# SEMANAS DE ESTVDIOS ROMANOS

INSTITUTO DE HISTORIA  
VICE-RECTORIA ACADEMICA  
OFICINA DE PROMOCION Y DESARROLLO

VOLUMEN III y IV  
1986

EN HOMENAJE AL PROF. DR. CARLOS A. DISANDRO.

PROFESOR EXTRAORDINARIO DE LA FACULTAD  
DE FILOSOFIA Y EDUCACION DE LA  
UNIVERSIDAD CATOLICA DE VALPARAISO.



EDICIONES UNIVERSITARIAS DE VALPARAISO

UNIVERSIDAD CATOLICA DE VALPARAISO

UNIVERSIDAD CATÓLICA DE VALPARAÍSO  
BIBLIOTECA HISTÓRICA  
Pasaje Valle N° 356 - Casilla 4033  
VIÑA DEL MAR



SEMANAS  
DE ESTUDIOS ROMANOS

Antonio Arbea  
Marco Baistrocchi  
Raúl Buono-Core V.  
Jesús Burillo  
Nicolás Cruz B.  
Vittorio Di Girolamo  
Carlos A. Disandro  
Adolfo Etchegaray C., SS.CC.  
Claudio A. Ferrari P.  
R.P. Jorge González F., S.I.  
Giuseppina Grammatico A.  
Walter Hanisch S.I.  
Héctor Herrera Cajas  
Cesare Letta  
Mirko Skarica  
Romolo Trebbi del Trevigiano

© Universidad Católica de Valparaíso, 1987  
Ediciones Universitarias de Valparaíso, Chile  
Casilla N° 1415 - Valparaíso

Derechos reservados  
Edición de 300 ejemplares

Dirección de Arte:  
Allan Browne E.

Diseño:  
Guido Olivares S.  
Rosa María Fuenzalida B.

Ayudante de Diseño:  
Paula Lira Venegas

Fotografía:  
Juan Hernández T.

Impresión al cuidado de  
PROGRAM Ltda.  
Plaza Justicia 45 Of. 709  
Valparaíso

HECHO EN CHILE  
PRINTED IN CHILE

## LA SEMANTICA LIRICA DE BOECIO Y EL FIN DE LA ANTIGUEDAD\*

DR. CARLOS A. DISANDRO

*Universidad Nacional de La Plata, Argentina*

### I

Como se trata de un autor excluido por lo común de los programas pertinentes de Letras Clásicas en nuestras universidades, me parece prudente resumir una breve mención bibliográfica, indispensable además para encuadrar la orientación de mi tema. La influencia de Boecio es junto con la de San Agustín fundamental en la Edad Media. Su prestigio decae en el Renacimiento, en la medida en que éste retornó a las fuentes que recapituló, resumió o derivó el lírico filósofo. En España esa influencia se hace sentir en las generaciones humanistas de los siglos XV y XVI, aunque la interposición de Erasmo ha tendido a minimizarlo y a ubicarlo en lo que sería la barbarie del inicio medieval, o en el marco de la erudición monástica, cuya pervivencia era justamente para Erasmo un obstáculo a remover en las tendencias del nuevo humanismo. Lutero imbuido por su formación agustiniana y deudor, en algunos aspectos, de la ciencia monástica de Boecio, ha contribuido como es lógico a relegarlo en la penumbra, en la misma medida en que su saber, el saber luterano, ponía como punto de partida una nueva experiencia religiosa, fundada en una nueva experiencia de los textos. Sin embargo, la influencia de Boecio y San Agustín en lo que se refiere a las disquisiciones musicales de Lutero y en lo que en Lutero representa la interioridad musical, parece importante y decisiva. Finalmente en América es un desconocido, aunque hay rastros de que fuera leído alguna vez en la Universidad de Córdoba.

Resulta pues para nosotros, americanos, un desconocido, y es además en sus propios textos y en su propia imagen un motivo de polémicas no canceladas para la filología moderna. Veamos brevemente los detalles más decisivos, en ese siglo VI romano-germánico de tantas repercusiones hasta el imperio de Carlomagno, de tantos conflictos y tensiones, a veces sobrecogedoras, de tantas figuras extraordinarias como San Benito, Casiodoro, San Gregorio Magno, por citar algunas muy sobresalientes para el milenio que sigue.

Estamos en el XV<sup>o</sup> centenario de su nacimiento. En ese mismo 480, o sea durante el reinado de Odoacro, nace también San Benito, a quien este año celebra Europa como uno de los pilares de la cultura humanística, de la Europa imperecedera en que trasiega el Imperio, *Europa der Vaterländer* como dice Johannes Straub. Pero ¿qué destinos diferentes el de Boecio de Roma y el de Benedicto de Nursia! El primero, ligado a la alta clase senatorial de Roma, convive la transformación de Italia en un reino ostrogodo y sucumbe trá-

\* Ponencia presentada en la *IX Semana de Estudios Romanos*, realizada en 1981. Parte de este trabajo fue leído en el Simposio de Estudios Clásicos, organizado por la Universidad Nacional de Mar del Plata (Argentina), 1980, precisamente para recordar el XV<sup>o</sup> centenario del nacimiento de Boecio, y posteriormente en la Facultad de Filosofía y Humanidades de la Universidad Nacional de Córdoba (Argentina), en 1982. Indico la bibliografía fundamental en el contexto crítico del ensayo. [C.A.D.]

gicamente, ajusticiado por Teodorico, en medio de graves tensiones religiosas entre oriente griego y occidente romano. El segundo, consagrado a la vida monástica, fundador él mismo de un estilo de vida cenobítica sin comparación en occidente, coronará su empeño teológico y humanístico con la fundación de Monte Casino, probablemente bajo el reinado del sucesor de Teodorico, hacia el año 530, Monte Casino al que alguna vez otra vez hemos llamado no sin razón las Termópilas de Europa.

¿Se encontraron acaso en Roma, estudiaron juntos, dialogaron en medio de una grandeza romana que parecía subsistir ante el embate germánico, por el empeño de algunas viejas familias senatoriales, a las que Boecio estaba ligado por estirpe y por vínculos de matrimonio? No lo sabemos. Pero conocemos bastante bien el período que va desde la caída del Imperio Romano de occidente (año 476) hasta la muerte del rey ostrogodo y podemos representarnos el contorno romano bizantino, romano-germánico, itálico-griego, cristiano-pagano de este siglo VI, tan denso y tan agobiado por una violencia que parece acosar a todos los poderes y a todos los estamentos. Sin este trasfondo no se podría explicar la resonancia angustiosa en el *De Consolatione*, vencida sin embargo por un doble ritmo interiorizador, en que Boecio corona sin duda alguna un profundo rasgo de la semántica latina: el primer ritmo está confiado a la reflexión dialogada y por ende a una partición dramática, sólo comparable por su acento profundo y por ciertos rasgos melancólicos a algunos pasajes notables del poema lucreciano; el segundo en cambio brota en metros líricos variados y recoge por así decir los hilos dispersos en el primer contexto para unificar en un pensamiento lírico lo que podría ser la experiencia inocultable de Boecio, aquello que lo hace el último romano y que abre un tono lírico, descubierto a través del medioevo por el sentimiento románico del mundo. Dividiré mi exposición en tres momentos. En primer lugar un resumen de ese contorno histórico en que transcurre la vida del filósofo lírico. Luego una recordación sumaria de la obra, o sea *de consolatione philosophiae*, con referencias críticas fundamentales. Por fin, en tercer lugar un comentario a la semántica lírica, propiamente dicha, lo que constituiría el tema de mi comunicación a este symposium, en el marco dispuesto por la universidad y la comisión que lo organizan. Pensando en la presencia de jóvenes graduados y estudiantes a quienes no resulta familiar la figura de Boecio, he antepuesto los dos primeros capítulos, que nos obligan de todas maneras a repasar un período de tanta importancia en el paso de la antigüedad romana a la edad media cristiana que se insinúa en acontecimientos histórico-espirituales de singular significado para los siglos VII y VIII.

## II

No es fácil resumir en pocas líneas el contradictorio ritmo histórico entre el año 480 y el año 524, fecha en que Boecio es ajusticiado. Pero precisamente ese ritmo contradictorio, tejido de *fatum*, *fortuna* y *providentia*, es el trasfondo inexcusable para entender la *consolatio* boeciana y la culminación de una semántica lírica que es antigua por coordenadas lingüísticas insoslayables, pero es moderna por la materia de que se alimentó, por el espacio lírico que crea allende la prosa filosófica, por el descubrimiento de un tono poético en que lirismo y pensamiento no sólo participan de una mera convivencia interactiva, sino que generan una unidad estética indisoluble, victoriosa sobre el decurso trágico de *Fortuna* inmisericorde.

Estamos para el marco histórico en reinado de Teodorico el grande, que podemos hacer comenzar en el año 500, o sea cuando Boecio de Roma y Benedicto de Nursia son estudiantes en las escuelas y con los maestros más notables de la ciudad, a setenta años de

la muerte de San Agustín en medio de la devastación de Africa, Italia, Galia, Hispania. En 476 cae el Imperio Romano de Occidente y la figura de Odoacro inviste, como rey de los godos, la autoridad suprema en Italia y en Roma. La historia de Teodorico, el famoso ostrogodo, que inspira incluso baladas épicas memorables, esta historia es prolongación y maduración de aquélla. Y en esto el destino de Boecio es realmente dramático.

Nuestro resumen propone rememorar los centros de decisión espiritual y política que discernimos entre 476 y 526 años, de la muerte de Teodorico. En primer lugar el poderío godo edificado por influencia byzantina en el territorio itálico. Su imagen inconfundible es Ravenna y la misma formación espiritual y política de Teodorico.

Luego el poder del Senado Romano y de la nobleza terrateniente y emprendedora, la nobleza que empuja el último fulgor de la cultura romana. De aquí nace Boecio y por esto muere Boecio.

Luego el poder espiritual de la Iglesia romana, actuante en estamentos decisivos de la vida romana, pero enfrentada dogmáticamente con Teodorico y los ostrogodos que son arrianos. Si el Boecio de la tradición medieval es autor de los tratados que dicha tradición le atribuye, no cabe duda que el conflicto más poderoso radica en esta desgarradora controversia. Pero no explicaríamos así ni el tema, ni el tono, ni la semántica lírica de la *Consolatio*. Contra la autoridad de Fr. Klingner que parece aceptar en bloque la condición ortodoxa romana del filósofo, me permito observar que ella obstaculiza la inteligencia de la *consolatio*, la transforma en un ejercicio retórico, que cumple un cierto curso pre-escolástico, donde la poesía es un simple aderezo de significación desdeñable (Cf. H.F. STEWART, en *Boethius*, ed. Loeb Classical Library, *Introduction*, pág. XI y XII).

Pero además la Iglesia de Roma hasta el reinado de Justiniano está enfrentada a Bizancio, en el orden político y en el contexto dogmático. Podemos prever entonces alianzas que se forjan y destraman en vertiginosas caducidades, sujetas también a *Fortuna* ineluctable, en oportunismos imprevistos, en ambiciones o reclamos no siempre acordes con la grandeza de las verdades anunciadas o defendidas.

Es decir debemos contar aquí con la geopolítica que esgrimen los emperadores de Bizancio, a saber, recuperar la totalidad del espacio imperial; debemos contar también con los sacudimientos doctrinales que cruzan la entera dimensión del mundo griego, desde Italia a Persia, desde Germania a Africa, y que provocarán lenta pero irrevocablemente la separación semántica entre oriente y occidente. Boecio parece sentir, con sensibilidad romana de crepúsculo, las fuerzas incalculables de este contradictorio ritmo, el desasosiego de una Roma que quiere prolongar su grandeza imperial más allá de los bárbaros, más allá también del conflicto dogmático que conmociona al cristianismo; más allá en fin de sacralidades que siente excesivamente inmersas en la contradicción de la Fortuna. Parece además intuir el filósofo el desamparo en que trasiega la virtud noética absoluta, la nostalgia neoestoica o neoplatónica por un *templum* del ocio contemplativo, como la sintieron con otro tono Benedicto y Casiodoro, aquella nostalgia de Lucrecio en medio de las poderosas energías destructoras de la guerra civil romana, anterior a Augusto:

*Suave mari magno turbantibus aequora ventis  
e terra magnum alterius spectare laborem,  
non quia vexari quemquamst iucunda voluptas,  
sed quibus ipse malis careas, quia cernere suave est,  
per campos instructa tua sine parte pericli  
suave etiam belli certamina magna tueri,  
sed nihil dulcius est, bene quam munita tenere*

*edita doctrina sapientum templa serena,  
unde despicere queas alios passimque videre,  
errare atque viam palantis quaerere vitae,  
certare ingenio, contendere nobilitate,  
noctes atque dies niti praestante labore  
ad summas emergere opes rerumque potiri* (II. 1-14).

[Da gusto, cuando turban los vientos la inmensa llanura del mar, contemplar desde la costa la gran fatiga de otro, no por hallar un deleitoso placer con las peripecias ajenas, sino porque es grato discernir de qué males carece uno mismo. Es grato también mirar grandes acometidas de guerra por el campo de Marte, sin riesgo por tu lado; pero nada es más dulce que ocupar serenos ámbitos, erguidos entre fuertes murallas por la enseñanza de los sabios, desde donde puedas echar miradas abajo, ver errar a los otros sin orden y buscar sin rumbo el camino de la vida; luchar por el talento, competir por el linaje; noches y días, sustentados por sin igual fatiga, emerger a la más encumbrada opulencia y apoderarse del mando ¡Oh desdichado espíritu de los hombres, oh ciegos corazones! ¡En qué tinieblas de la vida y con cuántos peligros se desliza este poco de tiempo!] (Cf. mi traducción completa de Lucrecio, *De Rerum Natura*. Ed. Andes, La Plata (Argentina, 1950), pág. 57).

Por un ritmo de polaridades comprensivas partimos del desamparo y la derelicción hacia el puerto de un sosiego irrestricto; de la contradicción y el conflicto hacia la beatitud presentida y conquistada, por un rigor noético inconfundible; desde lo *unheimlich* y *ungeheuer* a la conciliación que trasciende las partes. Es este ritmo el que provoca la presencia de *Philosophia*: "Mientras en silencio meditaba conmigo mismo estas cosas y anotaba con el recurso de mi estilo esta queja lacrimosa, parecióme que por sobre mi cabeza se erguía la figura de una mujer, de un rostro que imponía reverencia, de ojos enardecidos y de una penetración muy por encima de la común capacidad de los ojos humanos, de un rostro vívido y de un vigor sin mengua, aunque se presentaba tan colmada de años, que de ningún modo podría considerarla coetánea de nuestros tiempos, de una estatura que resultaba difícil precisar". De un lado pues la contradicción, el desasosiego, la desarmonía; de otro lado el ocio de la cárcel, en que redacta el filósofo la *consolatio*, el amparo noético en medio de la queja, en fin la beatitud personificada de *Philosophia*.

Boecio es fiel a Roma y a su oficio, es fiel a la grandeza de su familia, los Anicios, piensa tal vez en que se aproximan en los acontecimientos contradictorios, días de instauración romana, retorno a la sabiduría antigua en el magno conflicto romano-germánico, en la magna contienda espiritual paganismo-cristianismo. ¿Sigue acaso como canciller de Teodorico una política pro-imperial; propugna entonces una reconciliación entre Roma y Byzancio, que favorezca la política senatorial; quiere tal vez desligar al senado de los contradictorios embates dogmáticos de oriente y occidente? No lo sabemos. Sabemos sí que envuelto en un proceso de traición a Teodorico, por presuntas connivencias con el poder de Byzancio, fue primero recluido *in agro Calventino*, próximo a la ciudad de Pavía, donde habría escrito la *consolatio*, luego trasladado a la torre del Bautisterio de Pavía, y en fin ajusticiado por decapitación. Tiene entonces 44 años. Sepultado primero en la catedral de Pavía, fue trasladado luego a la iglesia de San Pietro in ciel d'oro. Así lo recuerda Dante, en *Paraíso*, canto X. 124, en el cuarto cielo, o sea el cielo del Sol, que corresponde a la superior virtud noética de la teología y de la filosofía:

*Per vedere ogni ben dentro vi gode  
l'anima santa, che'l mondo fallace  
fa manifesto a chi di lei ben ode;*

*lo corpo ond'ella fu cacciata giace  
giuso in Cieldauro; ed essa da martiro  
e da esilio venne a questa pace.*

La historia crítica del texto de la *consolatio* boeciana es relativamente clara y definitiva, aunque la primera edición de valor filológico indiscutible pertenece a este siglo. Si tomamos como punto de partida la recensión que aparece en la Patrología Latina, Vol. LXIII. col. 581/sgs. tendremos el texto fundamental que se manejó hasta que se inician los trabajos para la recensión del CSEL en 1880, con la obra de GEORG SCHEPSS, *Handschriftlichen Studien zu Boethius de consolatione philosophiae*. Ha trazado esta historia crítica FRIEDRICH KLINGNER en *Gnomon*, XVI (1940), pág. 26-32. A la muerte de Schepss, la tarea fue encomendada por la Academia de Viena a August Engelbrecht, quien aprovechó el material dispuesto por Schepss y por Rudolf Peiper, responsable de la primera edición crítica de la *consolatio* para la colección Teubner. La muerte interrumpió los trabajos de Engelbrecht. Le sucedió pues a quien se considera el editor definitivo, W. Weinberger, cuya muerte (1932) puso en manos de otro filólogo, Edmund Hauler, la publicación del trabajo en 1934. Klingner ha hecho el examen de esta edición, como ya dije, cuyo testimonio puede consultarse ahora en FRIEDRICH KLINGNER, *Studien zur griechischen und Römischen Literatur*. Artemis Verlag (Zürich, 1964), pág. 688-697.

De la edición Weinberger-Hauler dependen todos los textos modernos, en particular la edición ya citada de H. F. STEWART AND E. K. RAND, para la colección The Loeb Classical Library; y la de ARISTIDE BOCOGNANO, *Boèce, La Consolation de la Philosophie*. Paris. Garnier, s/f. con una bella traducción francesa y una sucinta bibliografía. Tales son pues los antecedentes textuales que sirven de apoyo a nuestra interpretación.

En cuanto a la bibliografía crítica moderna, ella comienza justamente con un importante trabajo del mismo KLINGNER, *De Boethii Consolatione Philosophiae* (Berlin, 1921), (Philologische Untersuchungen 27). Klingner ha resumido una valoración comprensiva del filósofo-lírico en su importante volumen *Römische Geisteswelt*, Dieterich Verlag (Leipzig, 1943), pág. 395-433. (En realidad es la Introducción [Einleitung] a la traducción alemana *Trost der Philosophie*, Sammlung Dieterich, Band 33), Carl Schünemann Verlag Bremen, s/f. La traducción alemana pertenece a K. BUCHNER. Manejó también la edición bilingüe BOETHIUS, *Trost der Philosophie (lateinisch-deutsch), herausg. und übersetzt von Ernst Gegenschatz und Olof Gigon*, Artemis Verlag (1969), y ahora en la colección Deutscher Taschenbuch Verlag (München, 1981).

Finalmente en cuanto a la temática lírica del filósofo en la perspectiva que aquí nos interesa, el trabajo fundamental es el de HELGA SCHEIBLE, *Die Gedichte in der Consolatio Philosophiae des Boethius*, Winter (Heidelberg, 1972), obra de mesurada y fina elaboración que tengo a la vista, pero cuyo rumbo no sigo, pues son otros los problemas que plantea la autora. Sin embargo, puede considerarse el primer trabajo filológico de envergadura que enfrenta la consideración de la lírica boeciana con un espíritu acorde con la significación del texto latino.

### III

En este marco estamos ahora en condiciones de afrontar la semántica lírica del filósofo. Aclaro que debemos apartar inicialmente dos controversias para despejar nuestro camino: 1) la cuestión de la pertenencia de Boecio a la fe cristiana; 2) el contexto de las obras teológicas en el *corpus* boeciano transmitido por la edad media. Además para ceñir la exposición a términos tolerables, me referiré sólo al libro I de la *consolatio*. Sin em-

bargo, aparte de exhibir este libro I un tono particular y de ser en el inicio del diálogo una suerte de proemio que luego se explaya en recursos enriquecidos por el mismo ritmo de la reflexión filosófica y lírica, los resultados obtenidos según estos límites precisos bastan para clarificar el tema de hoy y para convencer a cualquier crítico alertado sobre la importancia de esta semántica lírica al fin de la antigüedad.

Digamos dos palabras sobre la condición de la obra, en cuanto al tema y a la partición estilística en prosa y verso. El tema de la *consolatio* parece proceder del círculo aristotélico y extenderse a Roma a través de la literatura helenística. *Consolatio* y *meditatio mortis* corresponden al horizonte de la filosofía epigonal, que en muchos aspectos se reaviva en la temática cristiana (Cf. ADOLFO LEVI, *Storia della Filosofia Romana*. Firenze, Sansoni (1949), pág. 224). Por ello además de los antecedentes clásicos debemos postular el clima cristiano del *contemptus mundi*, que podríamos recuperar en diversos textos anteriores a Boecio. Pero el filósofo y lírico romano aunque criado en esa atmósfera de tensiones religiosas se empeña en preferir conscientemente el clima del *noein* filosófico, como testimonio de admiración a sus antiguos maestros.

Del mismo modo la partición en prosa y verso podría remontar en latín a las *Saturae Menippeae* (Cf. C. A. VAN ROY, *Studies in Classical Satire and related Literary History*. Leiden, Brill) (1966). Pero el clima de la sátira varroniana no parece haber tenido influencia en la *consolatio*, ni haber promovido la semántica lírica que aquí consideramos. Por otra parte no debe descartarse en estas décadas romanas la misteriosa atmósfera religiosa del culto cristiano y su contraste con las antiguas formas obsoletas del culto sincretista greco-romano. Pues ese clima se traduce en una instancia pedagógica —que correspondería a la prosa filosófica de Boecio— y una instancia himnica, en el coro de los *mystos* cristianos, que asumen en la alabanza lo que está propuesto en la docencia. Finalmente podemos suponer en el filósofo lírico una repercusión directa de Platón —que es ostensible desde luego en el diálogo propuesto como trama discursiva— en tanto la prosa del magno ateniense despliega con frecuencia una *vis* lírica que trasciende la dialéctica de los interlocutores y alcanza el horizonte de una conmoción que interioriza.

Todos estos pormenores y recursos no quitan sin embargo originalidad a la *consolatio* romana, originalidad en el sentido de un ritmo de sístole y diástole, que entreabre el misterioso acto de pensar boeciano, de tantas repercusiones líricas en la edad media.

Pero entre las *consolationes* romanas hay una que no podemos olvidar por su nítida fuerza lírico-filosófica. Me refiero a la *consolatio naturae* en el libro III del poema lucreciano (v. 931-1052):

*Denique si vocem rerum natura repente  
mittat et hoc alicui nostrum sic increpet ipsa:  
"quid tibi tanto operest, mortalis, quod nimis aegris  
luctibus indulges? quid mortem congemis ac fles?"*

[En fin, si la naturaleza creadora de las cosas dejase de pronto oír su voz y ella en persona a alguno de nosotros preguntase con reproche del siguiente modo: "¿Qué te es de tanta importancia, oh mortal, que te entregas a duelo y tormento sin medida? ¿Por qué lloras y gimes por la muerte? Pues si la vida ya corrida y pasada te ha sido grata, si el cúmulo de todos sus goces no ha fluido como a través de vaso perforado y no se apagaron sin delicia, ¿porqué no te retiras cual un comensal ahito de vida y con espíritu sereno, oh necio aprovechas la seguridad del descanso?" (Ed. trad. cast., pág. 120) ].

La *consolatio naturae* de Lucrecio y la *consolatio philosophiae* de Boecio están ligadas; están ligadas incluso en una tensión lírico especulativa que en Lucrecio se exalta como sabemos hasta la reasunción del espacio musical, es decir, la superior dignidad de las Piérides en el famoso proemio del libro IV, mientras en Boecio asume la confrontación platónica de filosofía y poesía. La diferencia sin embargo consigue definirse más bien en la semántica filosófica propiamente dicha. Pues mientras Lucrecio es deudor inequívoco de la filosofía epigonal, Boecio como por un *racconto* en el crepúsculo definitivo de la antigüedad intenta retornar a las resonancias platónica-aristotélicas, y evocar de otro modo los ámbitos contrastantes de lumbre filosófica y experiencia lírica; procura entonces concebir un *noein* filosófico que es al mismo tiempo lírica de pensamiento. La semántica lírica de Boecio es pues una *Gedankenlyrik*, que hace de Boecio un arcaico, no un epigonal, o sea, un Jenófanes, por ejemplo, o un Theognis; pero que lo configura también en perspectiva moderna, dentro de la estirpe de los poetas anglo-germánicos, llamados poetas metafísicos. Distingo pues tres niveles diferentes en esta problemática: 1) la distinción de *consolatio naturae* y *consolatio philosophiae*; 2) la distinción entre la filosofía como *arkhé* y la filosofía epigonal; 3) la distinción entre el lenguaje lírico como una veste y la *Gedankenlyrik* como un espacio en que *noein* e *hymnein* receptan el mundo, lo entreabren y lo coronan. Mi tesis se resume pues en la siguiente aserción: En Boecio la combinación prosa-metro, filosofía y lírica se resuelve en una síntesis, cuyo testimonio es lo que llamo *Gedankenlyrik*, desligada del mito, desligada también de los géneros poéticos, aunque aprovecha sus modulaciones arcaicas y coetáneas; desligada de modelos e imitaciones que en la antigüedad siempre asumen un sentido, o establecen un itinerario; en fin desligada de toda construcción retórica, sustituida por una congruencia especulativa, que como en los antiguos tiempos eleáticos podría exhibir la sentencia parmenídea: *einai, noein, legein, mia kai auté*. No en vano en la primera prosa del libro I, *Philosophia* invoca a los eleáticos y a los platónicos: *hunc* (es decir Boecio) *vero eleaticis atque academicis studiis innutritum* (prosa I, 10).

## IV

Veamos ahora con mayor detenimiento la semántica lírica en la *consolatio* del último romano. *Philosophia* majestuosa obra como un médico, que desplaza el coro de las musas líricas, y dispone sus propias musas: *sed abite potius Sirenes usque in exitium dulces meisque eum musis curandum sanadumque relinquite* (I. 40). Las antiguas musas poéticas de Boecio son sirenas; las musas filosóficas son por el contrario recaudo y certeza de una equilibrada contemplación. En esta fórmula Boecio resume en el proemio del lib. I la coyuntura que genera la semántica lírica. Pues las musas filosóficas son al parecer, en sentido platónico-estoico, las que perfeccionan con el pensar lírico el antiguo espacio de la musa hesiódico-helenística. En qué medida este pensar lírico construye un díptico equipotente entre dialéctica y poesía, es precisamente la profunda intuición moderna del filósofo romano. Se ha cancelado la musa revelatoria, adviene la musa que interioriza y devela y asume de otra manera como *aletheia* patente y estremecida. En el díptico la prosa construye el campo de la dialéctica ascendente hacia un estado de iluminación noética y concipiente; el poema construye a su vez el campo de una iluminación congruente de la totalidad que anticipa, sugiere o contiene de otro modo aquella vía iluminativa que *Philosophia* propone como gradual medicación discursiva. La prosa filosófica despliega pues la pedagogía racional que culmina con la contemplación de las esencias transmundanas, de donde desciende con sus musas la figura majestuosa de la *Philosophia*. La semántica poética traza en cambio un arco que asciende desde la experiencia intramundana de de-

solación, ruina y abandono a la exultación lírico-hymnica que sella en imagen definitiva la recuperación de la lumbre indeficiente, para descender en otro ritmo y recogerlo todo en la mirada limpia de mundanidad. Mientras el punto de partida es la derelicción compartida en el severo ritmo elegíaco, el retorno al supremo amparo desata el ritmo de una danza exultante, que anuda con un gozo unitivo del cosmos y el hombre. Esta curva proemial de la *consolatio*, siendo el modelo absoluto de todo el diálogo y de todo el poema lírico que éste suscita, despliega o insume, define por otras características la situación semántica de este lirismo innovado y poderoso. Así como dije que en Boecio la filosofía epigonal se retempla en las fuentes del platonismo y del eleatismo, y por ende reabre algunas congruencias de la *arkhé* filosófica, así deberíamos conceder a su lirismo un carácter recapitulatorio, es verdad, pero también proyectivo, ligado a un nuevo sentimiento de unión entre el alma y el mundo: no es la potencia del mundo antiguo, ostensible en la lírica de Virgilio u Ovidio, no es tampoco la conmoción que alumbra en la piedad cristiana. Es simplemente la categoría absoluta no signada por ningún mito, no regida por ninguna piedad cultural. Es simplemente poesía lírica, poesía absoluta, en la que Boecio define sin duda el primer espacio lírico moderno y por lo mismo cancela las antiguas resonancias de un lirismo óntico y conmemorante como el griego, o la penumbrosa categoría del *numen* latino, inscripto como sabemos con rara excelencia semántica en el lenguaje de Virgilio o de Propertio.

Siete poemas incluye en el libro I de la *consolatio* filosófica. En la imposibilidad de hacer un exhaustivo comentario en esta disertación, prefiero proponer la composición de este breve *corpus* lírico, e inducir de ella algunos detalles de una estructura profunda, detalles que ilustren la instancia lírica que atribuyo a Boecio.

De los siete poemas, el primero y el segundo corresponderían al proemio lírico, en boca respectivamente del filósofo y de la *Philosophia*.

El primero pues resulta un poema elegíaco, de rasgos ovidianos, que recompone la situación existencial del filósofo-lírico y reclama por ende la intervención de un poder celeste, *Philosophia*. El segundo, de ritmo alemánico, describe la enfermedad; es el diagnóstico severo que prepara la medicina filosófica, anunciada en la prosa II: *sed medicinae tempus est quam querelae*. Curiosa *Philosophia* que presenta su diagnóstico en bellos versos endecasílabos, después de haber amonestado y excluido las antiguas musas. Maternal *Philosophia* que seca las lágrimas del filósofo poeta con un pliegue de su peplo celeste, sentada al borde del lecho en que yace el lírico: *haec dixit oculosque meos fletibus undantes contracta in rugam veste siccavit*.

Vienen luego cinco poemas que expresan el ritmo de purificación y de gozo, según dije. Ellos están distribuidos en tres momentos o fraseos musicales, con ritmos igualmente cambiantes.

El primer momento comprende los poemas 3 y 4: el 3 trasunta la recuperación de la visión luminosa, metafísica, y por ende el comienzo de la cura; el 4 en cambio la visión ética: se ha consumado la purificación del filósofo, lenguaje lírico y visión perspicua se compenetran en un estado de sosiego fecundo. Podríamos llamar a este primer fraseo lírico-musical la vía noética de las esencias, convividas con profunda veneración integradora.

El segundo momento se fija en el poema 5 y es un verdadero *intermezzo* himnico, cargado de profundas resonancias, nacido de una verdadera exultación lírica, de rara y diestra potencia semántica. Es no cabe duda la coronación del ritmo lírico, el poema *per se* que exhibe la delicada textura de una semántica inconfundible. Creo se puede postular ante este poema la condición lírico-musical del contexto. Es decir, Boecio es posible compusiera también la melodía congruente, por donde este tratado incluiría la coronación

musical de la antigüedad en un siglo en que indudablemente se cancelan ancestrales modos melódicos de una música pitagórica y se abren otros de vasta influencia en occidente hasta el nacimiento de Lutero. No en vano hallamos en el *corpus* de tratados boecianos uno, consagrado a la música en cinco libros (PL. LXIII, col. 1167/sgs).

Finalmente la tercera fase corresponde a los poemas 6 y 7. En el primero retornamos con otro tono a la poesía *physica*, cósmica en una suerte de *congruentia rerum* que al parecer el lírico había perdido en la dolorosa contradicción. Usando de una distinción que hace Boecio en su tratado musical, ya mencionado, la congruencia es ahora de las tres músicas que él distingue según la fuente de la melodía o del canto, a saber: *mundana*, *humana*, *constituta in quibusdam instrumentis* (loc. cit. Lib. I. cap. II, col. 1171-2). En cuanto al poema 7, notable por su ritmo de *allegro vivace*, exhibiría la danza lírica de gozo existencial en aquella *congruentia rerum*, en aquella sinfonía ya aducida, y contrastaría de modo notable con el poema elegíaco que abre el desarrollo lírico. Hay una evidente intención en este ritmo lírico, compositivo, congruente con un ritmo musical diríamos expresionista, con el ritmo lírico de la imagen, que brotando de la profunda conmoción entenebrecida del filósofo, sube a través de una experiencia luminosa hasta la sagrada conciliación que es obra de *Philosophia*. Advierto de paso la profunda resonancia que pudo tener en Dante el espacio lírico de Boecio para la concepción de Beatriz, cuyo nombre es en realidad la traducción latino-romance de la semántica greco-romana de Boecio en la *consolatio* que ahora indagamos.

Veamos entonces algunos pasajes de este complejo *monobiblos* lírico, repartido en siete compases, o fraseos, o ritmos congruentes y complementarios. Elijo 1, 5, 7 a fin de abreviar mi exposición, ya sobrecargada de referencias, poco transitadas en nuestros cursos académicos.

El primer poema del libro I abre, como es lógico, la totalidad de la obra. Tiene pues un significado proemial indudable e indiscutible. Su congruencia es doble: respecto de la entera *consolatio*, que se despliega en cinco libros; respecto del libro I que es por su parte un capítulo introductorio, cuya cuidadosa composición sería menester considerar con mayor detenimiento. Quizá podría postularse que Boecio lo tenía compuesto antes de ser encarcelado y que en el sosiego campesino *in agro Calventino*, lugar de su trágica prisión, empenó el esfuerzo lírico-filosófico de acabada estructura compositiva, resumida sin embargo en el carácter del libro I. El poema dice así, en algunos de sus pasajes:

[“Aquellos poemas que antaño redacté con el vigor intocado de mi lírica, debo entre lágrimas trocarlos en ritmos de tristeza. Las antiguas musas, desgarradas, díctanme lo que debo escribir, y estos versos elegíacos inundan mis ojos de un llanto sin mancha. Al menos ningún terror ha podido dominarlas y han seguido siendo en mi camino fieles compañeras. Gloria de una juventud antaño fecunda y vigorosa, consuelan ahora mi destino de anciano atribulado”].

A este comienzo se agrega la contemplación de la muerte:

*Mors hominum felix, quae se nec dulcibus annis  
Inserit et maestis saepe vocata venit.  
Eheu, quam surda miseros avertitur aure  
et flentes oculos claudere saeva negat!*

Es esta una elegía del total desamparo, incluso desamparo respecto de la muerte que no llega, mejor dicho que se niega a venir. Ni una sola palabra en el poema alude o menta la luz. Podríamos calificarlo entonces como un nítido reclamo desde el fondo de la derelicción,

asumida y dolorosa. Concentra pues las líneas de tinieblas, ruina, vejez, tristeza, crueldad, engaño, caimiento, abandono. El vocabulario es en este aspecto inequívoco: *maeitis modos, lacerae Camenae, fletus, terror, malum, senectus, dolor, tremere, mors, saevus, fallax, ingratus, cadere*, etc. Parece un vestíbulo infernal de una katábasis ya acontecida, o naturalmente la restricción y oscuridad de la caverna platónica. Tratándose de un poema de 22 versos, convengamos que esta concentración semántica descriptiva propone un horizonte de extraordinaria nitidez, afincada probablemente en el contorno trágico de esos años densos.

Precisamente el poema con que *Philosophia* en su respuesta lírica y con su musa noética resume la contradicción, ese poema pues dispone como imagen inicial la contraria repercusión de luz y tiniebla. Desde este momento se proyecta un vocabulario que comporta el acto luminoso de la *Philosophia*. Ese vocabulario lírico irá entretejiendo el contexto poético hasta culminar en el tono himnico del poema V y se prolongará luego como una resonancia enternecida y piadosa, hasta la danza lírica del canto VII. ¿Será acaso que el pitagórico Boecio rememora la sentencia virgiliana: *numero deus impare gaudet* (Eg. VIII. 75)?

Comienza el poema V con una visión de la lumbré celeste que lo contiene y envuelve todo:

*O stelliferi conditor orbis,  
qui perpetuo nixus solio  
rapido caelum turbine versas  
legemque pati sidera cogis,  
ut nunc pleno lucida cornu  
totis fratris obvia flammis  
condat stellas luna minores.*

No hay duda, un cierto perfume cristiano concilia este poema con el tono de alabanza cultual, que los catecúmenos o los *mystos* entonan a la omnipotencia, al Dios *pantokrator* y *poietés* del credo de Nicea, según el estilo litúrgico romano, consolidado a partir del siglo IV. Pero también es cierto que el tono, la imagen, la composición, las líneas de concertación temática nos remiten al contenido neoplatónico y estoico de la beatitud astral. Nada que recuerde el contenido teológico del cristianismo romano, tal como se expresa en el tratado atribuido al mismo filósofo lírico: *Trinitas unus Deus ac non tres dii*, y su noción de la beatitud teológica.

En el poema podemos recuperar los términos de lumbré: *stellifer, caelum, sidera, lucidus, flammis, luna, lumina, Phoebus, Lucifer, lux*, etc. Pero esa primera parte himnica cósmica, apolínea, luminosa, de indudables resonancias pitagóricas, se contrasta en el mismo poema con la existencia del hombre, y reaparece como en un grandioso díptico la zona sombría, marginada al parecer en la exultante existencia de la luz, la resonancia elegíaca, nuevamente activa como una sombra funesta. Sin embargo, el horizonte luminoso se impone, a la medida del ascenso dialéctico: pues dialéctica es en sentido platónico ejercicio de la lumbré, indeficiente experiencia de la luz. Pero ¿qué es lo que es frontal en Boecio? ¿La experiencia lírica de la luz, o la profundidad metafísica de una mente signada por el imperio de la *ousia* platónica? Es muy difícil la respuesta, aunque es imposible descartar que aquella experiencia lírica resulta un impulso notable en esta figura crepuscular del mundo antiguo.

Finalmente el poema VII, una serie de versos adónicos que generan sin duda una atmósfera de alacritud, ingravidez, contorno de danza transfigurada, no severa pero tam-

poco orgiástica. Es un *allegro vivace* que nos insinúa en un ritmo musical, patente a la lumbre que lo impele, nítido y resuelto en el ascenso transmundo, gozoso en la visión procurada, firme y severo en el contraste de imágenes dirimentes. El adónico como sabemos cierra en la métrica clásica la estrofa sáfica. Es un monómetro logaédico pentesilábico, construido con un dácilo y un troqueo. Pienso que esta circunstancia rítmica, con que Boecio cierra el libro I de la *consolatio*, debe confrontarse con la vastedad del dístico elegíaco con que lo abre. Mientras en éste veo el mundo clausurado de la derelicción, en la serie monorítmica de adónicos sugiérese la apertura irradiante de la luz, la salida de la caverna katabática, la anátesis inicial que corresponde a los rasgos con que el sufriente filósofo describe a la bella mujer *Philosophia celeste: oculis ardentibus, pulsare caelum, caelum penetrabat*, etc. (prosa 1). El adónico lírico y el hexámetro elegíaco presuponen dos situaciones contrapuestas que en la semántica lírica recrean las tensiones conceptuales, los agudos conflictos que hunden el alma en las pasiones, la oscuridad, la contradicción y la muerte.

Si aceptamos esta inferencia en que ritmo y contenido lírico aluden o receptan el contenido profundo de la dialéctica, debemos convenir en una notable innovación estética, que Boecio deduce probablemente de su pericia y de su oído musical. Esa innovación propone por encima del relato, del diálogo y de la dialéctica, que convenimos en llamar pedagógica, el vigor de una palabra lírica que retempla sus resonancias conmovedoras en la fuente misma del pensamiento. Es esta una *Gedankenlyrik*, atendida con curiosa virtud musical a despertar en las imágenes una reconstrucción nítida del periplo del alma, y a dejar en la vibración de sus delicadas cuerdas semánticas la experiencia del imperio iluminante en la palabra lírica. Prefiero leer en latín el poema, para destacar la condición de su ritmo y el carácter de sus imágenes. Dice así:

*Nubibus atris  
condita nullum  
fundere possunt  
sidera lumen.  
Si mare volvens  
turbidus Auster  
misceat aestum,  
vitrea dudum  
parque serenis  
unda diebus  
mox resoluta  
sordida caeno  
visibus obstat  
quique vagatur  
montibus altis  
defluus amnis,  
saepe resistit  
rupe soluti  
obice saxi.  
Tu quoque si vis  
lumine claro  
cernere verum  
tramite recto*

*carpere callem:  
gaudia pelle,  
pelle timorem  
spemque fugato  
nec dolor adsit.  
Nubila mens est  
vinctaque frenis  
haec ubi regnant.*

He aquí la traducción. Por comodidad tipográfica, coloco el texto ordenado en una serie de dos versos cada línea, sin pretensiones que correspondan al ritmo notable del original. Cf. en este sentido las traducciones alemanas, en las ediciones citadas.

[Por oscuras nubes / cancelados ninguna  
lumbre pueden / difundir los astros.  
Si al mar lo rueda / tempestuoso Austro,  
mezcla su furia / diáfanas ondas,  
parecidas antes / al resplandor del día,  
al punto revueltas / sórdidas por el limo,  
se tornan feas. / Y precipítase un río  
sin freno alguno / desde altas cumbres,  
y muchas veces choca / con peñascos sueltos  
de escarpada roca. / Tú también si quieres  
con lumbre diáfana / discernir la verdad,  
y por camino recto / transitar a la meta:  
aparta los gozos, / el temor aparta,  
la esperanza destierra / y que el dolor se excluya.  
Turbia mente aquélla, / ceñida por cadenas,  
si reinan estas pasiones.]

Un cielo oscurecido por espesas nubes, una tormenta en el mar, un torrente desatado en las montañas, disponen el cuadro de confusión que venció momentáneamente el alma del filósofo. A esas imágenes se contraponen el itinerario del lírico-filósofo, itinerario de lumbre sin ocaso que despeja las nubes, aquietta la tormenta, enfrena el curso del torrente. Una y otra sección del poema se ligan sin embargo por esa ingravidez rítmica que quita de antemano al horizonte sombrío de la confusión su potencia destructora. Estamos instalados en la luz poética, en una ribera intocada, en los *sapientum templa serena*, como diría Lucrecio, desde donde contemplamos la increíble violencia de los elementos físicos y psíquicos, el triunfo incontrastable del pensar filosófico que es luz.

Resumamos ahora nuestro curso indagatorio. En un siglo en que las fronteras lingüísticas, culturales, religiosas y políticas disponen tremendas confrontaciones trágicas, Boecio crece como un lírico filósofo. Su Romanidad confrontada con el reino ostrogodo presume de un horizonte humanístico, allende las conmociones políticas, imperiales, teológicas o religiosas, que son el sino catastrófico de una antigüedad que fenece. Boecio es sustancialmente *conditor*, en la lírica, en la filosofía, en la política. Lo es por la esencia de su Romanidad crepuscular, pero nítida y conmovedora. Esa circunstancia me hace pensar que se mantuvo al margen de la fe cristiana, sin desconocerla por supuesto, al margen de las controversias teológicas, que fueron un poderoso fermento especulativo en esos años.

La *consolatio* de Boecio es el signo filosófico-estético del fin de la antigüedad romana, o greco-romana. Es la *consolatio* respecto de un acontecer ineluctable. Pero al mismo tiempo es signo de que alumbran otros horizontes líricos, donde la palabra lírica cobra una potencia autónoma respecto del mito, la filosofía, el culto, la política, etc. Es la lírica de la poesía absoluta, aquélla que recoge los ámbitos mundanos o transmundanos y los trueca en un espacio lírico irrepitable, en imagen concipiente del *nous* anaxagórico. Es una imagen noética también, pero que emerge de otros penetrales de la *perikhóresis* constitutiva del cosmos y de la lengua que lo plenifica.

Conviven pues en Boecio, en la coyuntura trágica que modela su destino, el carácter noético de la lírica absoluta y el carácter noético de la contemplación filosófica neoplatónica. Por el primero, de imagen en imagen, de ritmo en ritmo, de espacio en espacio, la semántica lírica reconstruye la beatitud inviolable del mundo, la derelicción del filósofo, en fin el itinerario de anábasis hacia la luz. Por el segundo, la totalidad de la dialéctica avanza hacia una experiencia del ser que cierra la fisura trágica de la historia para coincidir en la cúspide con la coronación beatífica de la imagen lírica. En este sentido Boecio no sólo es el último romano, sino el último lucreciano de la antigüedad, y respecto del mundo que adviene es sin duda el primer predecesor de Dante. Muere en esta semántica lírica la beatitud astral de los antiguos, nace la beatitud lírica de los grandes poetas románicos, es decir, nace algo de la edad media misteriosa y sublime.

#### BOEOTIO'S LYRICAL SEMANTICS AND THE END OF ANTIQUITY

It is necessary to re - place Boeotio among the conflicting circumstances of the sixth century, during the reign of Theodoric. The Roman - Latin Greek - Byzantine confrontations, and the panorama of a triumphant Christianity, in a declining antiquity, would explain the spiritual atmosphere of the Boeotian *consolatio*.

This *consolatio*, however, presents no important feature from which the author's christian faith could be inferred; although the main contemporary interpreters Fr. Klingner among them, tend to accept the criterion of tradition. At this very moment, the concern for another examination to the work is emphasized, particularly to what we consider as the 'lyrical semantics' of the Roman philosopher.

The combination of prose and meter acquires in Boeotio a special relevance, and although records that go back at least Varro's work can be mentioned (within the Latin language), the Boeotian impression, however, shows peculiar features and resonances that must be accurately examined.

The motif of the *consolatio* seems to come from the Aristotelian and epigone circles (stoical and epicurean). The examples in Latin literature are elucidated in Cicero's work. It is important, however, to keep in mind a very important poetical text; namely, book III from *de rerum natura* (Lucretious) with respect to death, in the so vivid as well as dull style of the great Roman poet of the first century b.C. We are talking about the famous passage Book III 931 - 1052.

Thus we could distinguish between *consolatio naturae* (of which thematic comes from the epigone philosophy), and *consolatio philosophia* (of which thematic instead comes from a recuperation of the Platonic sources). In this sense we find in Boeotio both the strong influence from Lucretious (as a lyrical attitude) and the Platonic dialectics which is an anabasis proposed to mind in order to overcome worldly contradictions.

According to this division, it is important to re - appraise the philosopher's lirical semantics and the one of his famous text.

In the diptych, the prose constructs as ascending dialectic field unto a poetic enlightenment by action of *Philosophia*.

(Who, brings its own muses); at the same time, the poem constructs a field of a congruent enlightenment which brings forward, suggest or otherwise contains that illuminative way that *Philosophia* propounds as a gradual discursive mediation. Consequently, the philosophical prose unfolds the rational pedagogy that culminates with the contemplation of transworldly essences from where the majestic form of *Philosophia* and its muses descend. On the other hand, the poetic semantics draws an arch that rises from the interwordly experience of desolation, ruin, and abandonment to the lyrical-hymic exultation that seals in a definite image the recuperation of the indefectible fire to

descend in another rhythm and gather everything in the glance free from worldliness. Whereas the starting point is the dereliction shared in the severe elegiac rhythm (meter I), the return to the supreme protection enhances the rhythm of an exultant dance that ties itself to the uniting joy of man and cosmos (meter VII).

Book I from the philosophical *consolatio* includes seven poems. The first and the second of them would correspond to the lyrical proem, by word of mouth of the philosopher and Philosophia, respectively. Five poems that express the purifying rhythm come next. They are distributed in three moments or musical phrasings with equally shifting rhythms.

The first moment comprises poems three and four: poem number three transcribes the recuperation of the brilliant, metaphysical vision, and hence the beginning of the cure; on the other hand, poem number four transcribes the ethical vision: the philosopher's purification has been consummated. This first phrasing would be the noetic way to the essences.

The second moment is fixed in poem number five and it is a real hymnic intermezzo, born from a real lyrical exultation, of a strange and dexterous semantic power. It is undoubtedly the culmination of the lyrical rhythm.

Finally, the third phase corresponds to poems six and seven. In the first one, we return with another tone to the physical, cosmic poetry, in a kind of *congruentia rerum* which the lyric poet seems to have lost in the painful contradiction. In relation to poem number seven, outstanding by its rhythm of *allegro vivace*, this would show the lyrical dance of existential joy in that *congruentia rerum*.

If we accept the deduction that rhythm and lyrical content refer to or receive the profound content of dialectics, then we must agree in the existence of a remarkable aesthetical innovation, which Boeotio probably infers due to his expertise and musical ear.

That innovation, which we agree in calling pedagogical, proposes over the narrative, the dialog and the dialectics, the strength of a lyrical word which retempers its moving resonances in the source of thinking.

Its a *Gedankenlyrik*, abided by a peculiar musical virtue, to bring about in the images a clear reconstruction of the soul's periplus, and to leave in the vibration of its delicate semantic cords, the enlightening experience connatural to poetic word.